

# El dibujante Kokoschka\*

Por Paul WESTHEIM

"El mundo —también para este artista— es idea, es algo que hay que configurar por medio de la creación... Lo que convierte al artista en creador es la idea platónica de la libertad."  
—WESTHEIM. *Oskar Kokoschka*, 2ª edición, 1925.

La recopilación de este tomo de dibujos es obra de Ernest Rathenau. Apasionado admirador del artista y de su arte, se esforzó durante casi dos años de viajes y visitas en Europa por dar con todos los dibujos de Kokoschka que existen en colecciones públicas y privadas. En colaboración con el pintor los seleccionó y estableció las fechas. Al abnegado trabajo de Rathenau se debe que de esta manera haya nacido un documento representativo de ese gran maestro del siglo xx. Cuando los dos amigos, Kokoschka y Rathenau, me invitaron a escribir para este libro un breve prefacio, comprendí que no podría negarme.

Ya una vez, hace treinta años, Rathenau había publicado un tomo de dibujos de Kokoschka, *Kokoschka Handzeichnungen*, recopilado por él con la misma pasión. El prefacio era mío. La obra, excelente también en cuanto a su presentación —120 láminas ejecutadas en heliogravado por la Reichsdruckerei (Imprenta del Estado) de Berlín, el texto impreso por Otto Holten—, apareció en 1932. Cuando en Alemania se había desatado la catástrofe del Tercer Reich; cuando a mí, "harto conocido bolchevista cultural" —en aquel entonces ya emigrante en París—, me habían despojado de mi nacionalidad alemana, se prohibió la venta del libro, de acuerdo con las disposiciones legales vigentes. Para salvar la obra, Rathenau sugirió a Kokoschka que él mismo escribiera un texto. En 1935, ya impreso el libro con el texto de Kokoschka, la pintura de éste fue oficialmente clasificada como "arte degenerado". La Gestapo encontró el libro en el taller de encuadernación, practicó un cateo en la editorial y embargó toda la edición. Los dibujos publicados en aquella obra no han vuelto a reproducirse en el tomo presente.

Sólo rara vez Kokoschka ha dibujado paisajes. Los que hay datan de sus primeros tiempos, de dos viajes —uno a Suiza, el otro a Italia—, en que el joven artista, criado en Viena, conoció por primera vez el mundo. Por la historia del arte sabemos que Durero, Breughel el Viejo y Hércules Seghers —ese Seghers tan poco en consonancia con su época— llevaban en sus vagabundajes, dentro de la mochila, su álbum de esbozos, en que apuntaban todo lo digno de verse que el mundo ofrecía a sus ojos. A Kokoschka, que ha viajado por cuatro continentes, evidentemente no le ha interesado dibujar paisajes. Fenómeno extraño. Cuando le pregunté si existían dibujos para el retrato de Heuss, me contestó: "No hay fases previas, es decir, éstas se encuentran por debajo de la última capa de pintura, como por lo general en mis obras." En una sola frase una información interesante sobre su manera de crear.

Para él un cuadro no es el traslado o la ejecución de un esbozo. La pintura misma constituye el proceso creador. Desde el color, desde el contraste entre claridades y oscuridades, la estructura y el movimiento dinámico son desarrollados dentro del espacio pictórico —durante una lucha muchas veces larga y ardua, como se sabe de la génesis de algunos cuadros suyos—, hasta que se alcanza aquella unidad superior que convierte una superficie pintada en obra de arte. Lo dibujado en el lienzo a guisa de punto de referencia para la distribución y la organización, desaparece debajo de la capa de pintura. Los esbozos previos hechos para ciertos cuadros —"La borrasca", "Pareja de amantes con gato", "La mujer azul", el tríptico "Termópilas" y algunas otras obras— son verdaderas excepciones, explicables en algunos casos por las circunstancias especiales que presidieron la pintura de la tela. Para "La mujer azul" hizo aproximadamente ciento sesenta y seis dibujos. Por una casualidad estaba



Oskar Kokoschka — Trude



Oskar Kokoschka — Retrato de Ricardo Dehmel



Boceto para las litografías que ilustran el drama de Oskar Kokoschka, *Job*

yo presente cuando trazó parte de esos dibujos. En 1918 Kokoschka tuvo la ocurrencia de mandar hacer una muñeca de tamaño humano. Para mi libro *Confesiones de artistas* puso a mi disposición las cartas dirigidas a la persona que iba a fabricar el "fetiche". En ellas dice que quería que esa muñeca tuviera "tanto hechizo" que gracias a ella cobrara vida la mujer a quien veía en su imaginación. "Únicamente una mujer —aunque sólo viva en mi fantasía— puede inspirarme a crear obras de arte." El resultado fue una amarga decepción. La muñeca yacía olvidada sobre algún sofá. Durante una estancia en la "Felsenburg" (en Weisser Hirsch), durante la guerra un refugio para "los amigos" (como Kokoschka llamó al cuadro suyo que los presenta reunidos), se le ocurrió a mi mujer sacar de su baúl unas prendas de ropa íntima y ponérselas a la muñeca. Kokoschka se entusiasmó. De pronto "el fetiche" había cambiado para él, se había humanizado. Fue por su block de dibujo y comenzó a dibujar. Trabajó febrilmente. Apenas había terminado un dibujo, lo arrojó al suelo y empezó otro. Al final parecía estar sentado en medio de un campo nevado... Así surgieron los dibujos que pueden considerarse como estudios para "La mujer azul".

Para Kokoschka el dibujo es un medio de expresión especial, al lado de la pintura e independiente de la pintura, tomando en cuenta que en el fondo todo lo que crea un artista repercute de alguna manera tanto en su pintura como en sus dibujos. No dilucida en el papel problemas de composición, ni fija ideas para cuadros que pintará en el futuro. El lenguaje formal es distinto, y es distinta la temática. Según traté de explicarlo en mi texto de *Kokoschka Handzeichnungen*, el dibujo es para él apunte, fijación de las vivencias que le proporciona el ver (el ver óptico y el espiritual). Es para él una "Escuela del Ver", esa escuela que pudo realizar como septuagenario, en que no se le enseñan al alumno ni determinado estilo artístico, ni métodos expresivos, sino el ver, el "hacer conscientes las visiones". Como contestación a una pregunta respecto a los puntos de vista que lo habían guiado en la creación de sus dibujos, designa éstos (en una carta dirigida a mí) como "apuntes de diario". Diario de un hombre que, nacido dentro de un mundo que le es extraño, debe descubrirlo para sí. Y para Kokoschka una vivencia sólo se vuelve consciente al darle forma. Lo que no plasma, no existe para él, desaparece como si nunca hubiera existido.

Refiriéndome a un episodio de Viena, de la juventud de Kokoschka, episodio que él solía llamar "La muchacha extraña",

digo en mi monografía: "Aparecen ante él, sorprendiéndolo, cosas que antes no habían existido en su visión del mundo. Esto empieza con las cosas pequeñas. Esas muchachas tienen en la muñeca un hueso totalmente distinto del que conoce, es decir del suyo. Un brazo es algo muy diferente, nuevo del todo, el pecho, las caderas."

Sus cabezas, las dibujadas y las litografiadas, son recuerdo fijado, y al mismo tiempo una crónica de los encuentros con personas y personalidades que la vida puso en su camino. Cualquiera persona es para él un acontecimiento, un continente por descubrir, lleno de secretos y milagros.

Como pintor joven, ante la tarea de forjarse sus medios de expresión, empieza con dibujos de contornos. A veces los realiza levemente con colores de acuarela. Con un lápiz duro o con palitos puntiagudos traza el contorno, claro y preciso. No es caligrafía, es una taquigrafía, limitada a captar lo característico, lo específico de un movimiento corpóreo, también de una conmoción interna. A veces esos dibujos son todavía torpes, todavía en cierto modo invertebrados, pero son asombrosamente expresivos. Alrededor de 1909 ya crea características tan monumentales y lapidarias como los retratos de Adolf Loos y Karl Kraus. En el transcurso de tres años Kokoschka —quien tiene a la sazón 23 años— ha aprendido a representar hombres que están frente a nosotros en su apariencia física y cuyo interior podemos penetrar. "El gran problema para mí era cómo pintar lo que un hombre sabe...", dijo alguna vez, hablando del retrato de Forel que le tocó pintar en 1910. El rostro de Karl Kraus está dibujado con pincel, pluma y tinta china. El artista ya ha superado la limitación a la línea de contorno. Una sensibilidad pictórica empieza a regir incluso el grafismo del dibujo.

Ya Kokoschka ha desarrollado los elementos de su lenguaje expresivo dibujístico, que por cierto aprovecha de varia manera, según la intención creadora que lo guía en cada caso. "Visto diez veces nuevamente" —escribe Dvorak en su prefacio a los diez dibujos de las *Variaciones sobre un tema*, con lo que quiere explicar "la transformación interna" que la música escuchada opera en "el carácter exterior del dibujo".

Los dibujos de Kokoschka transcriben y fijan las vivencias espontáneamente y al mismo tiempo son configuración formal, solución definitiva, son una obra en sí, en muchos casos una obra maestra. Al crearlos, el artista no piensa en un después, en experimentos, en alguna elaboración ulterior técnica o estilística. Ve con insistencia. Y es fascinante la genialidad de la concepción, que por medio de ese ver insistente llega a la gran forma. Varían los impulsos que rigen su dibujar, también cambia la disposición interna, pero la constante es esta forma de concepción.

Si interpretamos esos dibujos como "apuntes de diario", no puede sorprendernos que lo que Kokoschka quiere conservar en la memoria es —no siempre, pero casi siempre— el hombre, el más enigmático e insondable de los fenómenos. Por cierto pinta sus paisajes, pinta sus cuadros de ciudades, pero desde los primeros dibujos de Viena hasta el tríptico de las Termópilas su arte gira constantemente en torno al hombre. En un doble sentido: para descifrarlo y para hacerlo más humano. Luchar contra lo inhumano es para él un deber, y es asimismo la justificación ético-moral de su crear artístico. Lo inhumano es para él la "mecanización" del hombre, aquel proceso que amenaza con atrofiar la conciencia de la libertad y dignidad humana. Siendo discípulo lejano de Comenio, ve en el arte un medio para salvar al hombre de la recaída en la barbarie, de la superficialidad y trivialidad, de la deificación del poder y de las conquistas técnicas. Su arte es orientación espiritual dentro de una civilización entregada a un espíritu que es la negación del espíritu. "El adulto de inteligencia normal —dijo Kokoschka en una conferencia sustentada en 1947, en Basilea— no dispone de medios espirituales, ni de una capacidad perceptiva que le permita comprender la homogeneidad y continuidad de la vida. Su imagen del mundo no se distingue de la imagen producida en un caleidoscopio, puesto que su ver se limita a la reacción física de la retina, puesto que la razón creadora está excluida. Cuanto más pierde el hombre su imaginación tanto más raras son las ocasiones en que su espíritu encarna en impresiones sensoriales y humaniza al mundo." "Razón creadora", vida convertida en vivencia por la intensidad de la visión: eso es lo que son los dibujos de Kokoschka.

—Traducción de MARIANA FRENK

\* Editorial Ernest Rathenau, Nueva York. Edición alemana: distribución por el doctor Ernst Hauswedell, Hamburgo. En preparación la edición inglesa en la editorial Thames and Hudson, Londres. 146 dibujos de Kokoschka, a partir de los primeros tiempos del artista, 1906 hasta 1959. Láminas grandes ejecutadas en heliograbado, que reproducen fielmente la escritura del artista con todos sus detalles.